

El Divino Decálogo

Por El Duende Azul

I.

Upeng y Toño son novios.

Lo fueron desde la infancia.

Upeng y Toño han ido juntos a la escuela del villorrio donde nacieron desde que casi tenían ambos uso de razón.

Upeng y Toño no viven en la aldea: son de un barrio cercano edificado en plena sementera y sus casas de nipa distan una de otra escasamente cien metros:

Toño es huérfano de padre y madre; vive al amparo de su tío, un anciano sin más familia que el sobrino y una parienta lejana que lleva en la casa el manejo y la limpieza del hogar.

Tío Tico no tiene más riqueza que dos hectareas de tierra que siembra de palay y con su producto atiende a todas sus sobrias necesidades. Es muy modesto; es un viejo chapado a la antigua costumbre española y sobre todo y ante todo, es un católico ferviente, un celoso guardador de los prejuicios y de las virtudes ancestrales de su raza. Para él, todo lo es su raza; y su religión y sus creencias son todas para su raza también.

No mira él con buenos ojos las idas y venidas de chicas y chicos en tentadora promiscuidad a las escuelas láicas separadas de la Iglesia y del temor de Dios. No le agradan tampoco el inglés y esos juegos llamados deportivos de la naciente generación; pero como son cosas y ordenanzas y Ley de gobierno dobla la arrugada frente y repite parodiando a Nuestro Señor Jesucristo: "Dad a Dios lo que es de Dios y al Cesar lo que es del Cesar."

Y el viejo continúa perseverante apegado a su atávica herencia siempre trabajando y a Dios rezando...

Upeng y Toño ya no van a la escuela. Son ya dos púberes de quince y dieciocho, años respec-



tivamente, que se las dan de personas de gran capacidad porque chapurrean muy mal el inglés y sobre todo, porque pueden reirse de todos los viejos con impunidad, cuando charlan en la extraña lengua que aprendieron a costa, sabe Dios de que trabajos, de que abdicaciones, de que descalabros...

Upeng se ha transformado en una arrogante y garrida dalaga y su madre, ñora Sisang viuda de un sargento de la pasada revolución del año 1896 quien tiene por todo patrimonio unos 500 árboles frutales de cocos, procura también como buena cristiana que su hija se eduque en el santo temor de Dios. Oigámosla admonizar a su niña: —Basta ya de novio novio, Upeng. Anoche, cuatro. Esta mañana al llegar yo del palenque, Toño conversando contigo "pegao na junto".

—Son amigos *nanay*, *Usté* también! Ja, ja, ja!

—Hija, tu *cuidao*. Mira que hay Purgatorio, Infierno...

—Y Gloria *nanay*, ya lo sé.

—*Sús Maria Sep!* ¡Qué niñas las de hoy! ¡Ay, con tanta educación... ¡el Señor nos libre!

—*Sus!* ¡Ustedes los viejos, *masiado!*

Toño es un mozalón de dieciocho años, recio, siempre apegado al "Cowboy" americano con el ancho sombrero calado hasta las cejas, venga o

no venga a cuento y desentonando notablemente con su indumento de labriego filipino.

El tío Ticó, le increpa por su holgazanería:

Toño, por los santos apóstoles, lleva el carabao al río y báñalo.

—Tío, Ticó, me siento mal: me due'e mucho esta pierna.

—Todo sea por Dios, ya iré yo. Pero muchacho ¿para qué vas tú a servir en este mundo?...

—Ya verá, tío Ticó, voy a ser boxeador y tendremos dinero por gantas.

—Ay, Toño, ¿Tú boxinero? ¿y con esa pereza que te enseñorea el cuerpo?.... ¡Kalamay!

—No,; sí es que ayer jugandó al futbol me dieron una patada...

—Eso, eso, es lo que sabéis dar todos los jóvenes de hoy, estupendas patadas...

—¡Ban! carabao ¡Chú, chú! Vamos al río. Y tú, vete a soltar patadas al *putbol*.

II

La languidez rosada de un nostálgico atardecer vestía el paisaje campesino con su ténue y dulce ropaje de melancolía llevando a las almas cristianas los evangelizadores consuelos de la Redención.



La lejana campana da la vetusta iglesia provinciana colgaba en los espacios agrestes, que la brisa orea, impregnada de acres olores de tierra campestre y flores selváticas, sus leves e ingravidos sonidos sincrónicos, invitando a los fieles a la meditación y el recogimiento para elevar a Dios la consoladora plegaria del *Angelus*.

Encorvada hacia la madre tierra, la tostada cerviz de Tandán Ticó reflexionaba que todas sus ilusiones y esperanzas pendían de aquel pedazo de tierra que labra con ardor inusitado; pues de él espera sacar el sustento para todo el año. Hermoso y digno es el trabajo que Dios impuso a la humana estirpe, pensaba, en desagravio de sus culpas y como acción purificadora que veniese al deseo materializado en nuestra carne, propensa a la molición, madre artera del espasmo, que encierra en la obscura cárcel del mal hábito, al espíritu siempre propicio en inclinado plano para conseguir su elevación y progreso por medio del flagelador vehículo del dolor, del dolor: que es el único que pone con su cilicio de espinas las luces de la clarividencia en nuestra frente... Yérguese súbito, al oír el pausado tañer de la campana, detiene al paciente carabao que ara roturando los surcos y destocándose el liviano salacot prorrumpen sus fervorosos labios la salutación vespertina: "Ave María, llena eres de gracia"...

Santiguase con ingénita unción cristiana a tiempo que sus cansados ojos de anciano, divisan cabe un ribazo en la parda azulosa lejanía el grupo inconsciente de dos jóvenes abstraídos y como olvidados de todo cuanto a su alrededor se sucede y se desenvuelve en la vida de relación de su diminuto mundo plueblerino.

Tandán Ticó haciendo pantalla con su salacot, sombrea sus ojos avizorando a los *herejes* que no se han levantado para rezar la santa Oración de la tarde...

—¡Nacú, Señor! ¡Mi sobrino y niña Upeng! ¡Qué tiempos, Dios mío, que tiempos! ¡La nueva juventud! ¡Claro! exclama horrorizado en su rudeza de ignorante campesino: puro inglés que inglés, ¿cómo van a conocer a Dios, si Dios es castila?... ¡Nacú!

¡Ay, los niños de hoy! Ya no tienen aquel respeto, aquel santo temor de otros tiempos.

Alivia, indignado, al carabao del yugo del arado, le echa en los lomos el cordel que le gobierna y deja que el paciente paquidermo vaya solo a la querencia de establo.

—Ya les diré yo a esos descreídos... exclama.

Y echa a andar, llena el alma de santos furros, hacia el grupo del amoroso idilio.

Entre tanto la enamorada pareja agenos a toda ingerencia extraña, entona su himno pasional ante la plena magestad de la Naturaleza impávida que les habla con voces tangibles y materiales a su juventud, incapaces ambos de comprender la psicología de lo incognoscible.

—Que hermosa eres Upeng y cuanto te amo.

—Sí, mucho; pero yo hasta ahora creo que me engañas, ¡bribón!

—¿Yo? ¿Engañarte yo? Si para mi no hay nada en el mundo más que tú, Upeng de mi vida.

—¿Y por qué fuiste anoche a casa de Loleng? ¿Te creés que no lo sé todo?

—Mujer, me mandó mi tío Ticó para pedir a flora Belén el papel del carabao que le compró el día anterior.

—Sí; y te estuviste charlando con Loleng hasta las 9 de la noche.

—No, señora. Es que el padre de Loleng no encontraba el papel.

—A mi no me convences ¡truhan!

—Mira, Upeng, te digo la verdad. Yo no quiero a nadie más que a ti...

—Sí, sí, eso cuando estoy delante.

—Tu eres para mi todo en este mundo. Sin ti no hay felicidad en mi vida. ¿Tú te creés que cuando los domingos vamos a la iglesia a misa yo miro a los santos? ¡Dios me perdone! Mis ojos y mis pensamientos son todos, todos para ti, que eres la virgen de mi amor.

—Jesús, Toni ¡por Dios!

—Te lo juro, Upeng!...

—*Hereje*, demonio, alma de Satanás, rugió Tandán Ticó, sorprendiendo el diálogo.

La pareja enmudeció, llenos de temeroso respeto al viejo. Tandán Ticó, rojo de cólera los es-



petó gesticulando una catilinaria que les hizo levantarse en vilo atemorizados y a Toño especialmente, a quien ordenó quitar el sombrero que tenía calado hasta los ojos.

—¡Eso! ¿Es eso lo que os hemos enseñado? ¿Es esta la educación que os hemos dado los viejos? ¡*Walang pinagorolan!* Nosotros los pobres viejos cristianos llevamos aquí dentro—y se golpeaba el pecho furiosamente—inculcada la religión de Dios nuestro Señor...

—Tío, perdón!

—¡Perdón, Tandán Ticó!

—Perdón, perdón! No es a mi quien debeis demandar perdón, si no a Dios. Mirad, mirad allí a lo más alto de ese cielo que por ser demasiado bondadoso no cae sobre vuestras cabezas y os aplasta; porque no sois más que baro, miserable. Dios, el Dios bueno que bajó a este mundo para ser martirizado por salvar al hombre os estaba mirando y os tenía todavía compasión. Yo también os he estado viendo. Cuando la campana de la iglesia tocaba el *Angelus* ni siquiera os habeis santiguado: *herejes, herejes* los dos.

—No nos dimos cuenta, tío.



—Pero si fuerais buenos católicos esa campaña seguramente habría llamado a vuestros corazones.

—Verdad, tío, verdad.

—Tiene *usted*, razón Tandán Ticó.

—No veis que si Dios no tuviera misericordia de vosotros no podríais ni sentir el amor que llevais en vuestras almas?

—Perdón tío.

—Perdón, Tandán Ticó.

—¡No hay perdón! ¡De rodil'as! ¡De rodillas ahora mismo, ¡impios!

Antes que el amor carnal, antes que la vida, esta El, que os la ha dado para servirle y que os permite vivirla porque es infinita su bondad y su misericordia.

Upeng y Toño postrados de hinojos: Padre nuestro que estais en los cielos...

—Dios os premie, hijos míos y no olvidad nunca en todos los momentos felices o desgraciados de vuestra existencia que antes que nadie y antes que todo, vuestro primer deber es:

AMAR A DIOS SOBRE TODAS LAS COSAS.



CAFIASPIRINA

125 mg. Ácido Acetilsalicílico



EL MEJOR REMEDIO PARA LOS DOLORES